

# RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, abril de 1952

Núm. 998

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción  
Cada 5 números mensuales,  
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los  
unos a los otros como yo os he  
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:  
Muralla, 7-1.º Telf. 3988  
GIJÓN

## TRIUNFO DE UN DIA

Muchas veces, desde los comienzos de su vida pública, había Jesús suscitado el entusiasmo y las aclamaciones del pueblo.

Sus maravillosos discursos, sus espléndidos milagros, habían arrastrado en pos de sí a las masas, en los valles, en las montañas, en las orillas del lago de Genezaret, y hasta en las soledades de Perea.

En Jerusalén, no obstante, había encontrado enemigos tan numerosos como temibles. Los príncipes de los sacerdotes, los fariseos, los escribas, miembros del Sanedrín, le movían tal guerra, que el pueblo, intimidado, vacilaba ya en manifestar sus simpatías por el Hijo de David.

De aquí que sus apóstoles, sus discípulos, sus parientes y amigos se esforzasen por retenerlo lejos de la gran ciudad.

Pero se acercaban las fiestas de la Pascua, y de los más apartados lugares de Palestina salían caravanas, con dirección a Jerusalén.

Había llegado la primavera, derramando por doquier en aquel hermoso país, flores, perfumes y torrentes de luz. Al principiar Abril los días eran ya muy calurosos, y las caravanas caminaban de noche al resplandor de las estrellas y de la luna nueva, cuyo creciente iba aumentando cada día.

Una mañana, Jesús de Nazaret, como instintivamente, entró en el movimiento general: salió para Jerusalén, con sus discípulos, uniéndose a ellos con sus numerosos peregrinos, que pronto formaron una gran caravana. La mayor parte de los hombres iban a pie, y muchas mujeres seguían en borriquillos.

Jesús caminaba silencioso delante de sus discípulos, y éstos se comunicaban, en voz baja, sus impresiones. Acosados por siniestros presentimientos, se preguntaban qué iba a ser de su Maestro, si entraba en Jerusalén. Pero no se atrevían a interpellarle.

De improviso, Jesús que leía en sus corazones, acortó el paso y les dijo:  
—Estamos subiendo a Jerusalén, y todo lo que los profetas anunciaron del Hijo del Hombre, va a cumplirse.

«Será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas, condenado a muerte, puesto en manos de los gentiles, escarnecido, azotado, crucificado. Y resucitará al tercer día»

¡Terrible respuesta a las mudas interrogaciones de sus discípulos!

De modo que la sentencia estaba dictada, aproximándose el desenlace del drama. Ciertamente que el gran profeta había ya predicho otras veces el triste destino que le aguardaba; pero sus lúgubres predicciones no habían sido bien comprendidas, y sus admiradores se negaban a dar crédito al posible triunfo de sus enemigos. ¿Cómo un hombre tan extraordinario, que mandaba a los elementos, a las enfermedades, a la muerte, había de dejarse vencer, condenar, crucificar?

Y si le mataban, ¿quién establecería aquel reino de que les hablaba tantas veces?

No; no podía morir, y menos en aquel momento, cuando su obra apenas estaba bosquejada, y su misión poco más que iniciada.

Sin embargo la fúnebre profecía brotaba una vez más de sus labios, y ahora en términos claros, formales y precisos. El lamentable acontecimiento estaba próximo; era inminente.

Apóstoles y discípulos quedaron sumidos en el estupor y la tristeza. En vano la resurrección predicha les abría el alma a vagas esperanzas, pues no habían esperado el triunfo definitivo en aquella forma.

Pasar por la más ignominiosa de las muertes para llegar a la gloria, les parecía un camino por demás sombrío, y no comprendían las palabras del Maestro.

No comprendían que cada cosa tiene señalada su hora en los destinos de la Providencia, y que hay que saber aguardarla. Anteriormente Jesús había huído de Jerusalén, y aún de Galilea, cuando sus enemigos le buscaban para matarle, y mil veces se había escapado milagrosamente de sus manos. ¿Por qué? Porque su hora no había llegado todavía. Pero hoy se acerca, y, víctima voluntaria, va a entregarse de buen grado, yendo libre y altivamente

al encuentro de esa muerte que prevé y anuncia.

Sin embargo, quiere, antes de morir, dar a sus enemigos una prueba más de su poder, aun terrenal. Quiere demostrarles que el pueblo está con él y que si hubiese venido a la tierra para representar el papel de revolucionario y conquistador, hubiérale bastado con su voluntad. Contra su sola palabra y sus milagros, ¿qué podían hacer ni el sacerdocio judío, ni la sinagoga, ni siquiera la omnipotente Roma?

Pero todas las demostraciones de su poderío no abrieron los ojos de los sanedrinitas, los escribas y los fariseos. Hay un milagro que Dios no puede hacer—tal es el respeto a la voluntad humana—el de curar los ciegos voluntarios. Sólo pueden curarse los ciegos que desean ver.

A orillas del camino que conducía desde la antigua Jericó a la ciudad nueva, había dos ciegos mendigos, que suspiraban hacía largos años por su curación. Cuando se acercó el cortejo, en medio de las aclamaciones populares, se oyeron sus gritos desgarradores: «¡Tened piedad de nosotros, Señor, hijo de David!»

Jesús los mandó acercarse, tocó sus ojos y vieron.

Después continuó el camino, buscando un albergue para la noche.

En tanto Jesús se acercaba a Jerusalén, la ciudad se llenaba de peregrinos que afluían de todos los rincones de Judea, de Galilea y hasta de Samaria, para celebrar la Pascua. Cerca de un millón de forasteros llenaban las calles y plazas públicas, aglomerándose principalmente en los pórticos y atrios del templo, y gran número de ellos buscaban por todas partes al Profeta. ¿Dónde estaba? ¿Por qué no había llegado todavía? ¿Acaso no pensaba asistir a la gran fiesta?

Por fin circuló la noticia de su venida: «Llegó el viernes por la noche a Betania, pasó allí el sábado asistiendo a un gran banquete, y aquella mañana debía tomar el camino de Jerusalén.»

La multitud se disolvió, abandonando el templo, y bajando en numerosos grupos al valle del Cedrón, o subiendo la pendiente del Monte de los Olivos, para ir a su encuentro.

De repente oyéronse lejanas aclamaciones, y en el lugar donde el camino flanquea la cima del monte de los Oli-

vos, se formó una larga y numerosa procesión

Hubiérase dicho que un río humano se despeñaba de las alturas. A la cabeza iba el Profeta, lentamente, vestido de blanco y montado en un asno del mismo color. La inmensa multitud le seguía cantando y prorrumpiendo en gritos de entusiasmo. A orillas del camino otras multitudes agitaban palmas, banderolas y pabellones, cubrían de hojas y de vestiduras el camino que hollaba la montura del Salvador, y atronaban los aires con clamores de triunfo: «¡Hosana, hosana! ¡Gloria al hijo de David! ¡Bendito sea el rey de Israel! ¡Bendito el que viene en nombre del Señor! ¡Gloria a Dios en las alturas! ¡Hosana, hosana!»

En un instante las murallas de la ciudad que dan frente al monte de los Olivos, las plataformas de los bastiones y de las torres, se habían cubierto de espectadores que miraban el estruendoso cortejo bajando por el valle de Josafat y subiendo la escarpada pendiente que conduce a la puerta de las Ovejas.

Apoyados en la balaustrada de la terraza que corona la puerta del templo, Nicodemus y Gamaliel contemplaban el espectáculo con alegría y estupefacción, y el último recitaba a su amigo la profecía de Zacarías: «¡Regójate, hija de Sión! ¡Prorrumpe en gritos de júbilo, hija de Jerusalén! Ahí tienes a tu rey, que viene a ti, y que, humilde y manso, te trae la salvación: va montado como un pobre, en el pollino de una borriquilla.»

En lo alto de la torre Antonia, el Centurión, con Claudia y Camila al lado, los soldados romanos y los guardias del palacio de Pilatos, miraban también, y algunos oficiales veteranos que habían presenciado el triunfo de Augusto en Roma, decían entre sí: «Este es el verdadero triunfo popular, espontáneo y no convencional, ni organizado a precio de oro, como los triunfos de los grandes generales romanos. Y los que siguen no son infelices vencidos, sentenciados a muerte, maldiciendo su destino y a los triunfadores. Son los innumerables favorecidos, a los que ha dado la felicidad, curándoles de sus achaques y enfermedades.»

Cuando el cortejo triunfal franqueó las murallas y se dirigió al templo, algunos fariseos, celosos y furibundos, atravesaron la multitud y se encararon con Jesús, diciéndole: «Maestro: manda callar a tus discípulos.» A lo que Jesús con imponente y serena majestad, replicó: «Si éstos se callan, hasta las piedras gritarán.»

La exasperación de los fariseos aumentaba en la misma medida que el entusiasmo popular, y la manifestación iba tomando proporciones inquietantes para la sinagoga y para el sacerdocio judío.

La ciudad entera se estremecía, saliendo de sus casas las gentes más pacíficas para preguntar de donde venía aquel triunfador.

Y la multitud repetía: «¡Es el Mesías, el Profeta Jesús de Nazaret! ¡Hosana al hijo de David!»

Así entró en el templo, como un Soberano en su palacio, y cuando la efervescencia se apaciguó un tanto, dejó oír al pueblo su palabra maravillosa. Después devolvió la salud a unos liados y enfermos que se le presentaron, y cuando se acercó la noche, emprendió tranquilamente con sus apóstoles, el camino de Betania.

Ningún otro triunfo había jamás agitado tanto la ciudad santa, y ninguna inteligencia humana hubiese podido prever que era el último, y que la batalla próxima a reanudarse, concluiría para el omnipotente triunfador, con una derrota definitiva y completa.

A B R.

## La leyenda de la Verónica

Como siempre, aquella mañana—trágico viernes de marzo—, un sol rubio de primavera subía triunfante por el horizonte de la Ciudad Santa. En el vestíbulo del Templo las trompetas invitaban a Israel a los oficios mañaneros.

La ciudad entera hervía de animación: la multitud que se movía como un río de colores abigarrados, caballos briosos que caracoleaban impacientes, niños que iban y venían incansablemente, jóvenes que llegaban de todas las regiones para asistir a la fiesta.

Pero algo anormal sucede sin duda. Es una noticia que corre de grupo en grupo, un recitado bisbiseo al pronto y luego en voz alta y aún a gritos. ¿Qué sucede? ¿qué pasa? .. ¡Oh! el Profeta de Nazaret ha sido detenido...

A pocos pasos de la muralla de la ciudad, al borde del camino que sube al Gólgota, se alza la casa del Doctor de Ley, Nehemías. Es un palacio de mármol blanco que destaca espléndidamente en el fondo verde de los jardines que le rodean.

A través de las ventanas entran los primeros rayos de sol, como hilos de oro, en una habitación lujosa.

En su interior, embutido en su pequeño lecho, como un pajarillo en el hueco de un nido, sonreía a su madre un tierno rapaz de apenas cinco años, hijo único de Nehemías y Verónica. ¡Con qué gusto saltaría de la cama ahora que los rayos del sol trenzan dibujos en el pavimento! Sí, pero ¿y poder? Sus miembros están paralizados desde que la niñera le dejó caer al suelo y se le resintió la espina dorsal. ¡Qué desgracia haber de estar parálítico toda la vida!

Al borde del lecho vela la joven madre, que mira a su pequeño con ojos aterciopelados, y tristes. ¡Y si aun fuera sólo eso lo que le aflige!

Bruscamente Nehemías ha entrado en la estancia. Es un rostro pálido, de perfiles energéticos, con una expresión bella de dignidad. Los ojos brillan con un fuego orgulloso de suficiencia y de riqueza.

—Por fin hoy recibirá su merecido ese impostor—exclama con violencia al entrar, llamándole la mirada.

—No es un impostor quien da la salud y la vida—responde con calma Verónica.

—Pues yo te participo que es un enemigo nuestro, desprecia nuestras leyes y es digno de muerte—replica con vehemencia Nehemías, mientras pasea su agitación nerviosa por la sala.

—Tú no has oído con qué bondad y amor habla, cómo se interesaba por los enfermos y por los afligidos. Eso solamente lo hace un enviado de Dios. No le odies, Nehemías, no sea que te castigue el brazo de Yave.

—¡Maldición para él y para sus adeptos! No he de descansar hasta que lo vea colgado de una cruz...

La ira enciende el rostro del doctor de la ley y sacude convulsivamente sus hombros. Busca, temblando de rabia, la puerta y se lanza escaleras abajo haciendo resonar la casa con el estruendo de sus pasos.

Verónica, con el rostro transido de angustia, cae de rodillas junto al lecho del hijo, en cuyos ojos ha quedado prendido un brillo de espanto y terror.

—¡Pobre hijo mío! ¡Pobre hombre cegado por el odio! ¡Pobre Jesús de Nazaret!—solloza, apretando su cabeza contra la cuna del niño parálítico.

Por las ventanas entornadas entra de pronto vibrando un sonido de trompetas y un estruendo confuso de gritos.

Verónica presta atención. El griterío se va acercando, salvaje y violento como rugido de fieras. Un terrible presentimiento le barrena el alma: ¿Será Jesús de Nazaret que ha comenzado su ascensión al Gólgota?

Se precipita a la ventana... En efecto, el fúnebre cortejo sube ya lentamente, y llega desde la calle, llenando la casa, el bramido horrendo de la turba: ¡A la cruz, a la cruz!

Rompe la marcha el centurión romano, en cuya diestra relampaguea la espada desenvainada. Siguen los soldados entre los cuales viene Jesús con paso vacilante, oprimido por la cruz, coronado de un manojito de espinas, con el rostro rayado de líneas de sangre.

Verónica siente una ola de compasión que le sube del pecho, se olvida del enfermo que la sigue con ojos tristes moviendo la cabeza hundida en la almohada, toma un lienzo blanco que encuentra a mano, y corre a la calle...

Es el momento en que llega Jesús, bamboleando penosamente la carga de la cruz, pero sin exhalar un lamento. En sus ojos brilla una majestad celestial. A su paso algunos se arrodillan llorando y extendiendo sus brazos hacia él.

La intrépida mujer se mete entre los soldados, sin que estos puedan impedirlo, sorprendidos por la decisión y rapidez de sus movimientos, se acerca a Jesús y le enjuga con el velo el rostro manchado de sudor y sangre, mientras suspira a su oído: ¡Ten piedad de nosotros y perdona a Nehemías que no te conoce!

Jesús le dirige una mirada de agradecimiento, lánguida y acariciante. Verónica sube anhelante a la habitación de su hijo enfermo. Está como fuera de sí, deslumbrada por la mirada de Jesús, sin poder explicarse lo que ha hecho, con el lienzo apretado contra el pecho, sin distinguir nada en torno suyo.

Cuando vuelve en sí de su estupor despierta sobre el lecho del tullido el lienzo con que ha limpiado el rostro del Profeta de Nazaret... Un grito de admiración se rompió en su garganta: el rostro de Jesús ha quedado estampado en el lienzo, y desde él, Jesús le mira con aquella mirada que le ha llegado al alma.

El niño enfermo se incorpora entonces para ver y casi al mismo tiempo grita alborozado: ¡Mamá, mamá! Y se arrojaba al cuello de la madre, abrazándola y besándola con efusión. Estaba curado...

En aquel instante se abre la puerta e irrumpe Nehemías, resuelto y violento con los ojos que echan chispas de odio y despecho y guardan aún un reflejo de venganza sanguinaria.

El niño corre feliz a sus brazos. El doctor mudo de estupor, se detiene sorprendido como si sus pies se hubiesen clavado en el suelo.

—Mira, dice la madre, ésta es la obra de ese a quien persigues y que ha sido crucificado en el Calvario. ¿Quieres ver de nuevo su rostro?

Y Verónica toma el lienzo del lecho y lo extiende ante los ojos atónitos del marido.

Nehemías lo ha comprendido todo. Un ligero temblor corre por sus miembros, mientras sus manos acarician amorosamente la cabeza del niño que salta sobre el pavimento como pelotita de goma, con el rostro levantado hacia el padre, y diciendo alborozado:

—Papá, ¿no ves como me muevo? papá estoy curado!...

M. I.

## CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Toda la vida de Jesús de Nazaret irradia amor y bienestar que llega a las almas que le rodean, encontrando en su compañía y en sus palabras una quietud espiritual que llena por completo las ambiciones humanas de paz y felicidad.

En su misma doctrina encuentran sus oyentes un calmante a sus inquietudes, un bienestar a sus preocupaciones, una alegría sana que les llena de ese placer que el alma siente con la tranquilidad plena que la aleja del hastio e infelicidad de los placeres del mundo.

Jesús de Nazaret, lo dijo así a sus oyentes del sermón de la montaña: «Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios».

Todas nuestras ilusiones, todas las ambiciones humanas, tienen como principal objetivo, encontrar la felicidad.

Nos afanamos en nuestra juventud adquiriendo conocimientos, pensando en el mañana que nos permita vivir con holgura. Trabajamos durante la vida entera con ansias de bienestar económico que nos permita disfrutar las mayores comodidades que el mundo pueda ofrecernos. Ahorramos dinero, si nos es posible, con el pensamiento puesto en que el sacrificio de hoy sea disfrute en un día venidero.

Y así discurre nuestra existencia, tratando de lograr un modo agradable de vivir, una paz para el cuerpo y para el alma, y con una esperanza puesta en que algún día lograremos llegar a esa felicidad ansiada que vemos muy cerca de nosotros, a veces, casi al alcance de la mano, pero que nunca llega a saciar todas nuestras ansias, ni a colmar nuestro espíritu tan ansioso de paz espiritual en medio de nuestras constantes inquietudes humanas.

Sin embargo, hay momentos de felicidad, que solo disfrutaban las almas que miran a Dios. Aquellas almas, que

Jesús de Nazaret, llamó bienaventuradas porque estaban limpias de corazón. Esas almas, gozan de una felicidad para muchos desconocida y que no saben comprender.

Una confesión general con un firme propósito de enmienda. Una rectificación en la vida descarriada del hombre, una determinación enérgica de recta conducta, postrado ante Dios en el sagrario, da al alma una felicidad completa, que fortalece ante la adversidad, da ánimos al caído, alivia los dolores a quien los padece, consuela enormemente al que sufre y da optimismo ante la vida y la misma muerte, con esa felicidad que no produce hastio, como el placer humano, sino que lleva hasta nuestros ojos una sonrisa, fiel reflejo de la limpieza de nuestro corazón.

Muchas almas simples, anónimas en la sociedad que orgullosamente manda y gobierna a los demás, gozan de esa felicidad y saben muy bien que desde su simplicidad pueden mirar con compasión al orgulloso que pasea su aparente felicidad por que la vida le llenó de comodidades, de riquezas de posición social elevada, pero le negó esa tranquilidad que Dios da a las almas sencillas que saben cumplir con alegría sus santos mandamientos.

Llegan hasta el corazón de esas almas buenas, las palabras de Jesús de Nazaret, que en la célebre montaña de Judea, fué derramando como bálsamo consolador a los pobres de espíritu, a los mansos, a los que lloran, a los limpios de corazón...

La humildad acerca a Dios y llena el corazón de una gran felicidad que no es posible encontrar en los placeres humanos.

Por eso Dios les llama: bienaventurados,

R.

## MI PASION

\*\*\*

(Soneto eneasilábico)

También yo sufrí mi pasión:  
cargué con la cruz una vez,  
probé de mi caliz la hez  
la lanza me hirió el corazón.

Mi sien coroné de aflicción,  
la sangre corrió por mi tez,  
vinagre fué alivio a mi sed,  
mis miembros clavó un aguijón.

Pasión como aquella no ví,  
ni nunca la pude pensar,  
Señor, pero viéndote a Ti

Clavado en la Cruz expirar  
sufriendo de amor, comprendí  
lo mío: una flor del gozar!

Hermenegildo RODRIGUEZ

El número de junio  
es el ejemplar núm. MIL.

## LA PRINCESA DE LAS ROSAS

Reina en Toledo el poderoso Califa Almamún— el Aliménón de los romances—, el Califa que tiene el ímpetu del Tajo y el orgullo de la inexpugnable fortaleza torreada que se mira en las ondas del soberano río.

Amor de los amores de Almamún es una niña: la princesa buena, Casilda, la que en el corazón de su augusto padre pone consuelo mitigador de las amarguras que el Califa siente ante el espectáculo que le ofrecen sus dos hijos, Hixem, desmayado de ánimo, y Yahia, insanamente ambicioso.

Casilda vive feliz; es la niña dichosa que compendia un mundo en su pintoresca almunia, donde las flores son sueños y los sueños son flores. Todo lo tiene y no ansía nada. Ni evoca con tristeza de envidia el tiempo que pasó ni experimenta inquietudes por convertir las esperanzas en recuerdos. Vive en presente.

De vez en cuando su padre le hace regalo de esclavas rumies, de cristianas que fueron arrancadas de claustros y de hogares aragoneses por las armas vencedoras de la hueste del Califa.

Son las rumies modelos de hábiles y de diligentes servidoras: en su lenguaje se repite con blandura de caricia la palabra "hermano", y en la melancolía de su destierro hay serena confianza en algo que no llega, pero que llegará.

La Princesa mora se aficiona a conversar con sus esclavas rumies y guiada por ellas baja a las mazmorras del Alcázar y ve de cerca la miseria y la aflicción de los cristianos cautivos, harapientos famélicos, peor tratados que perros sin amo.

Por la felicidad de la Princesa cruza una nube.

Todo lo que abunda y sobra en el palacio de Almamún y en la almunia de Casilda falta en los calabozos.

Y el alma de la Princesa, alma de guzla, se estremece y vibra; la compasión de su alma juvenil protesta íntimamente contra la injusticia de las leyes de guerra, contra la falta de humanidad hacia los vencidos. La palabra "hermano", la que constantemente repiten las esclavas rumies, comienza a amplificarse y a adquirir fuerza de realidad en los sentimientos de la infantina.

Prestamente la compasión se manifiesta en forma activa, y cuando la Princesa, a hurto de su padre, es osada a llevar socorro a los míseros que gimen en prisiones; y cuando siente en sus manos y en su túnica calor de gratitud, que irrumpe en besos, en bendiciones y en lágrimas, torna un día y otro a auxiliar a los cuitados, a remediarlos en el desvalimiento, a platicar con ellos de ese amor que no existe en las suras del libro del Profeta, del amor que el Rabí Josuá predicó en la Montaña.

A oídos del Califa llegaron las hablillas de la Corte toledana; decíase que los rumies embaidores tenían encantada a la Princesa, y que ésta iba diariamente a proporcionarles alimento y a escuchar palabras engañosas.

Celó Almamún, redobló la guardia de la cárcel, y no tardó en topar con Casilda que, con el halda recogida y porteando en ella blancos panes, llegaba a sustentar a sus protegidos.

—¿Qué llevas ahí, hija mía?— interrogó; mal disimulando su enojo, el Califa.

Tembló la Princesa por la suerte de lo malaventurados prisioneros; la angustia le entenebreció el espíritu, y entre la noche de angustia vislumbró como un alboré, la luz del amor, exaltado por el Rabí

—¿Qué llevas, hija?—replicó severamente el Señor de Toledo.

—¡Rosas, padre mío, rosas!—balbució acongojada Casilda, y al soltar la recogida halda rodaron rosas, rosas nunca vistas por su blancura resplandeciente, rosas de perfume nunca hasta entonces aspirado, rosas de amor al prójimo, rosas de milagro, de revelación de Dios.

Ya era cristiana de corazón la Princesa mora: prontamente lo fué de hecho y en verpad. Y también prontamente—con razón—o pretexto de achaques corporales posibles de curar en las aguas manantiales de San Vicente, cercano a Briviesca—marchó Casilda a Burgos, con beneplácito del Califa y con seguro del Rey D. Fernando el Grande.

No tornó jamás la Princesa a su regio hogar; trocó la opulencia del toledano alcázar por la humildad de una casita edificada junto al manantial salutar.

Y allí entre encendidas oraciones al Amor supremo, operó prodigios que los hagiógrafos consignaron en sus crónicas y que la Iglesia celebró como manifestaciones de la divinidad.

Allí—rodeada de cristianas mujeres que admiraban su ejemplo y adoraban su santidad—aguardó la muerte, viviendo entre flores, como antaño de niña en su almunia toledana.

## César A. Prieto PINTOR

Avda. Molinón, 2 - Tel. 3115

Máquinas de coser y bordar

“ALFA”

Exposición y venta: Covadonga, 27 (esquina Parque Infantil) Telf. 4039 - GIJON

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

## Feliciano Rodríguez

Fundada en 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

Comentando

## ¿SOMOS VIEJOS?

Empiezo por confesar que no presumo de la candidez infantil ni de la mentida experiencia de los años. Ni soy viejo ni soy niño. Y, lo que es peor, quizás no sea tampoco de una edad mediana. Relativamente, al menos en la práctica, tan vieja es una persona de ochenta años que se muere, como un adolescente que se muere, o como un niño que se muere. Todos tres acaban los días de su vida, y en resumen se agotan y desaparecen. Y es que la vejez no depende de los años que se lleven de vida sino del acto único de la muerte. Esta a todos nos iguala por abrirnos el campo de la eternidad, y en este una diferencia de cincuenta, sesenta, o ciento veinte años no cuentan para nada.

Evidentemente, el hombre así lo comprende, cuando está convencido de que son jóvenes los de su edad. Y, a lo más, reconoce que los de su tiempo envejecen y se adelantan, mientras él sigue disfrutando de una eterna juventud. Por eso nos explicamos todos los achaques ajenos y nos chocan los propios.

En el caso de la edad de las mujeres, es otra cosa. Tienen la suerte de no cumplir los años sino cada cinco o seis, y así resulta que una mujer que haya nacido el mismo año que nosotros, al cabo del tiempo puede ser considerada por la edad, como hija nuestra. Pero estos milagros son simplemente una consecuencia de la fantasía femenina. Hacen como las avestruces que esconden la cabeza para que no las cacen,

persuadidas de que si ellas no ven al cazador, este no puede verlas a ellas.

En resumen: que no tenemos edad ninguna. Que todo es relativo, y que nuestra edad no se mide por años de existencia, sino por el modo con que aprovechamos el tiempo en este mundo. Unos son viejos a los diez y ocho años, y otros son jóvenes a los setenta. Yo pretendo llegar joven a los ciento diez. ¿Lo conseguiré?

■ Todos los años, por esta época de Semana Santa, hacemos una especie de resumen de nuestra existencia. Los méritos y deméritos se nos anotan en el libro de nuestra conciencia, y este libro es el que nos marca el peso del tiempo sobre nosotros. De él sabremos a ciencia cierta si nos conservamos jóvenes o envejecemos. Nuestros actos son el cómputo cierto de nuestra existencia, y ellos nos dirán con certeza si nuestra alma se conserva joven o vieja. Y esto es lo que importa: conservar joven el alma, aunque envejezca el cuerpo.

HERO

Ornamentación Religiosa Artística

Talleres de Escultura, Talla y Dorado

DE



José Romero Tena e Hijo

Se construyen en maderas y decoran toda clase de Imágenes - Altares - Retablos, Andas - Carrozas - Pasos de Semana Santa - Sagrarios y todo lo concerniente a la decoración de Iglesias, Oratorios y Capillas.

Calle Hierros de la Ciudad, n.º 6  
Junto a la Plaza de la Virgen

VALENCIA

JOYERÍA-PLATERÍA-RELOJERÍA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos  
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA  
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

## Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)

